

**EL SENTIDO DEL MARTIRIO,
DESDE LA ANTIGÜEDAD, SE MANTIENE HASTA HOY**
ENTREVISTA AL P. WALENTY CHAPIŃSKI, O.F.M. CONV.*

*Juan Valle Quispe***
Universidad Nacional Federico Villarreal
elaspirante@gmail.com

RESUMEN: El pasado 05 de diciembre de 2015 fueron beatificados en el Estadio Centenario de Chimbote, Miguel Tomaszek O.F.M.Conv., Zbigniew Strzalkowski, O. F. M. Conv. y el Pbro. Alessandro Dordi. Como era de esperarse, este acontecimiento histórico para la iglesia peruana reunió, además de los chimbotanos, a gente de todo el Perú y de diferentes países. En el marco de aquellos días de celebración por los llamados Mártires de Chimbote, dialogamos con el P. Walenty Chapiński, O. F. M.Conv., quien

* Muchas gracias al Dr. José Antonio Benito por la asesoría en las preguntas; al P. Jacek Lisowski, de la Secretaría de la Comisión Central de la Beatificación de los Mártires, por el contacto; y a la familia Esquivel por acogerme en Santa, último hogar del beato mártir Sandro Dordi.

** **Juan Valle Quispe** estudió Literatura en la Universidad Nacional Federico Villarreal. Ha sido organizador de diferentes eventos académicos como el Coloquio Anual de Estudiantes de Literatura-UNFV (CAELIT-UNFV) y participado como ponente en congresos avocados al debate literario. Sus temas de investigación se centran en las propuestas éticas presentes sobre todo en la narrativa contemporánea.

vivió de cerca los años difíciles del conflicto armado en el país y, además, participó de forma activa en el proceso de beatificación.

PALABRAS CLAVE: Iglesia, beatificación, Mártires de Chimbote, Sendero Luminoso.

**THE SENSE OF MARTYRDOM,
SINCE ANCIENT TIMES, REMAINS UNTIL TODAY**
INTERVIEW WITH FR. WALENTY CHAPIŃSKI O.F.M.Conv.

ABSTRACT: Last December 05, 2015 they were beatified in the Centenary Stadium of Chimbote, Miguel Tomaszek O.F.M.Conv., Zbigniew Strzalkowski O.F.M.Conv. and the Priest Alessandro Dordi. Since it was of be waiting, this historical event for the Peruvian church assembled, besides the chimbotanos, people of the whole Peru and of different countries. In the frame of those days of celebration for the so called Martyrs of Chimbote, we talk with the Fr. Walenty Chapiński, O. F. M.Conv., the one who lived closely the difficult years of the conflict armed in the country and, in addition, it took part of active form in the process of beatification.

KEYWORDS: Church, beatification, Martyrs of Chimbote, Sendero Luminoso.

Padre Walenty, ¿cómo entender la imagen de un mártir en nuestro tiempo?

Lingüísticamente, *mártys*, en griego bíblico, significa ‘el testigo’. Y el primer testigo de cristiandad es Jesucristo. Él es testigo viviente de Dios, de su presencia salvadora en el mundo. Por tanto, los primeros cristianos que han muerto como resultado de la persecución, considerados enemigos incluso de la humanidad y de todo bien, los llamamos mártires.

Así denominamos a aquel creyente en la Iglesia que, por el testimonio de Jesucristo y de su resurrección, da hasta su propia vida. En la Iglesia se mantiene este sentido desde la antigüedad. Se debe añadir que hay una convicción en el mundo cristiano donde se afirma que los primeros siglos de la Iglesia fueron los siglos de los mártires. Aunque, es sabido que nunca han sido martirizados tantos cristianos como justo en nuestros días. Cada año se cuentan hasta en centenares de miles las víctimas por la fe cristiana. Esto es, digamos, un fenómeno de martirio.

Un ejemplo que viene al caso es la beatificación que se ha organizado, en la cual se les declara beatos mártires de la Iglesia peruana a dos religiosos, Miguel y Zbigniew, de la Orden de los Franciscanos Menores Conventuales, y Alessandro (“Sandro”) Dordi, sacerdote de la Diócesis de Bérgamo. Todos ellos han sido sacrificados por los combatientes del Partido Comunista Peruano Sendero Luminoso en agosto de 1991. Los eliminaron por ser considerados enemigos de la revolución que llevaba a cabo este partido comunista en la llamada guerra popular. Ellos justificaban esto de forma increíble. Según los terroristas, los religiosos, al dedicarse a obras de evangelización y caridad, colaborando con Caritas, frenaban el desarrollo de la conciencia revolucionaria de las masas (para ellos no existía el pueblo sino masas). Consideraban que era un engaño.

No obstante, con esos víveres de Caritas que los religiosos ayudaban a distribuir en los andes, lo que hacían era aplacar el hambre en tiempos en los que una sequía duró hasta tres años e incluso llegó la epidemia del cólera. Viendo todo eso, ¿cómo no distribuir y colaborar? Pero para los terroristas era un intento de seducir a las masas para que no se unieran a la revolución. Este discurso también lo repetían en las universidades, en las escuelas donde estaban infiltrados. Ellos explicaban que la religión, conforme a la enseñanza de Marx, era el opio del pueblo. Esto significaría que la gente, en vez de

ocuparse en mejorar su situación política y económica en el mundo, piensa en cosas irreales como los bienes del cielo en vez de dedicarse a trabajar y luchar aquí en la tierra. Esa es una interpretación falsa de la religión porque el Evangelio nunca enseña que se deba dejar de trabajar, o que se deba abusar. Eso es ajeno al Evangelio. Pero en nombre de su ideología, eliminaban nada menos que a quienes se dedicaban a propagar el Evangelio, a trabajar por la paz y bienestar del pueblo en el mundo de hoy.

Por ese motivo, cuando en cierto momento consideraron que ya había llegado el llamado equilibrio estratégico, decidieron eliminar a los más destacados sacerdotes, pastores, de la iglesia chimbotana. Es cosa rara que Sendero Luminoso luchara contra el imperialismo y para ellos los más imperialistas, entre otros, eran los campesinos andinos. Los religiosos, quienes se dedicaban a estar con el pueblo, a acompañar al pueblo apoyando la enseñanza, cultura, economía, fueron considerados imperialistas, agentes del imperialismo. Esto es el martirio en nombre de Jesucristo, o sea, el actuar en nombre de Jesucristo para hacer bien al pueblo. En cambio, ellos, los perseguidores, actuaban en nombre de una revolución cultural, pues eran terroristas maoístas.

Una pregunta a colación sería, ¿por qué solo ellos llegan a ser beatificados cuando han sido tantos los muertos mártires durante esa época?

Es cierto que los beatos son una pequeña parte, pero así la Iglesia distingue y reconoce la acción, la vida y la obra de sus mejores miembros. Ellos destacan como cristianos santos en plena realización del Evangelio. Eso no quita el reconocimiento de miles y miles que han dado la vida así. Yo creo que habrá muchas beatificaciones más. Esto se debe a que el primer paso para la beatificación, el reconocimiento de la santidad de miembros de la Iglesia,

viene a ser la fama, es decir, el reconocimiento popular. Después, se organiza un tribunal, generalmente de teólogos y juristas, conocedores del derecho canónico, los cuales investigan, examinan a los testigos, los documentos sobre su vida, su acción, entre otros. Luego, la Congregación para las causas de los santos reconoce que ellos murieron en nombre del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo.

Yo estoy convencido de que habrá otros a los que la opinión pública reconocerá, con lo cual se someterá y organizará la investigación respectiva y se declarará. Imagínate que en nuestros días aún se investigan a los mártires de la guerra civil en España, en la que los comunistas mataban a todos los religiosos y creyentes. Muchos de ellos nunca han sido reconocidos. Por ejemplo, hace un tiempo, un considerable grupo de la orden de los capuchinos ha sido reconocido como mártires de la fe. Algo similar habrá en el Perú, quizás.

¿Cómo fue su relación con los sucesos del 91?

Yo soy de la Orden de los Franciscanos Menores Conventuales, como los religiosos de Pariacoto, Miguel y Zbigniew. Vine al Perú en 1990. Cuando el 9 de agosto de 1991 sacrificaron a mis hermanos de orden y provincia religiosa, un viernes hacia las nueve de la noche, me llegó la noticia a Lima unas horas después, el sábado 10 a las 3:40 a.m. desde el teléfono de Casma. Esto fue porque los senderistas, al atacar Pariacoto, mientras buscaban al alcalde y a otras personas de la localidad como el gobernador, al no encontrarlos, destruyeron el teléfono, el único teléfono en el pueblo, por lo que los pobladores debieron bajar a Casma (casi 60 kilómetros) para comunicarse con el mundo.

En esa misma acción murieron también Justino Maza, el alcalde de Pariacoto, y David Padilla, alcalde del distrito de Cochabamba. A este

último, cuando bajaba con la camioneta del distrito a Pariacoto, pues su familia y hogar estaban allá, lo encontraron y lo mataron en el camino. De esa forma, hemos enterrado a cuatro víctimas, dos alcaldes y dos religiosos. Con esto nosotros compartimos lo que sufrió el pueblo. En Lima, por ejemplo, la camioneta que yo usaba también fue robada para hacer unas de las primeras cochebombas. No estalló porque la policía pilló a los senderistas, por lo que me la devolvieron algo destruida. Hemos padecido lo mismo que todo el pueblo peruano, los indefensos eran más presa fácil de la “acción heroica” de los encapuchados. Ahora bien, cuando llegué a Casma, donde bajaron los cuerpos de Miguel y Zbigniew para la autopsia de ley, luego de terminada y ocurrido el velorio, los trasladamos a Pariacoto para enterrarlos. Ello fue el día lunes 12 en la Parroquia Señor de Mayo donde rápidamente se prepararon dos sepulcros.

Algo tengo que agregarle. Cuando se les capturó para matarlos, poca gente lo vio. Esto se debió a que obligaban a algunas personas para presenciarlo buscando hacer el llamado juicio popular. Pero las personas presentes no daban ningún signo de entusiasmo, ni les hicieron caso cuando los llamaron para saquear la parroquia y el depósito de víveres de Caritas. No sacaron ni un kilo de azúcar, por lo que los terroristas tiraron bombas y se fueron. Por otro lado, en la defensa de los religiosos casi nadie salió al frente porque tuvieron miedo, se escondieron. Con el mismo grito pudieron defenderlos, pero temieron porque nadie sabía quiénes eran ni cuántos eran. Todo fue en una noche muy a oscuras, sin luz eléctrica, sin luna. En ese momento no pudieron demostrar su valentía.

Sin embargo, cuando los llevábamos a enterrar desde Casma a Pariacoto, nadie tuvo miedo, nos esperaban en la carretera. Véamos que hacían algo parecido a arcos triunfales, pancartas, todo abiertamente, no como las caras cubiertas de los otros “valientes”. Nos daban bienvenidas,

cantaban, lloraban, tuvimos que parar varias veces en el recorrido que normalmente era de una hora en auto, haciéndolo en siete horas. Tanto en el velorio como en el entierro, se dieron muestras de gran valentía, la gente protestaba abiertamente, pedían que no volviera a suceder.

Aquí puedo darle otra anécdota. Unos días después de lo ocurrido, en Huamachuco, los terroristas encontraron a otros religiosos. Les revisaron sus pertenencias en el Jeep, y en cierto momento dijeron: “Nosotros contra la Iglesia no actuamos”. Entonces, en esa situación que iba tranquilizándose, uno de los religiosos les preguntó: “¿Y en Pariacoto qué es lo que han hecho?”. Ellos respondieron: “Nosotros somos ateos, pero por lo que hemos hecho en Pariacoto, Diosito nos ha castigado”. Aunque en otra oportunidad dijeron: “Eso no lo hicimos nosotros, lo hizo el obispo de Chimbote para introducir la división entre el Partido y las masas”. Esto me parece más importante porque realmente en Chimbote sembraron volantes donde acusaban al obispo de Chimbote, monseñor Bambarén, de este crimen. También lo publicaron en *El diario*, en Perú, y en *El diario internacional*, de Bruselas, negando toda responsabilidad.

Tiempo después, esos mismos diarios reconocieron que fue hecho por los terroristas, ya que los religiosos con su acción frenaban la revolución. Según ellos, eran agentes directos de la CIA, del papa polaco, “principal cabezote del imperialismo internacional” y cosas por el estilo. No obstante, al ver que esto no producía el apoyo popular, comenzaron a retirarse. Cuando un año más tarde se dio la muerte de María Elena Moyano en Villa El Salvador, se terminó de producir un claro retiro del apoyo que todavía tenía el senderismo de parte del pueblo. Meses después, en septiembre de 1992, Abimael Guzmán ya estaba tras las rejas. Su ideología era muy egocentrista, tenía signos de culto de personalidades. Pero cuando cayó este guía, comandante, maestro, etc., no había ya fuerza en el movimiento y la

revolución planificada se derrumbó rápidamente. Fueron muchas vidas, muchas familias, instalaciones y empresas destruidas. Con todo, el Perú perdió mucho.

¿Cuál fue la tarea que llevó a cabo en el proceso de beatificación?

Cuando comienza un proceso de beatificación se nombra un tribunal. Yo fui un ayudante, mi función fue lo que se conoce en ese ámbito como defensor de justicia. Sencillamente es quien se encarga de que todo esté formalmente bien realizado. Estos nombramientos vienen del obispo. Se trataba de hacer una investigación eclesial dentro de los marcos del derecho canónico y teológico para establecer si en realidad se trató de un martirio por la fe o no. Mi trabajo tenía que ver con buscar la verdad sobre el martirio. Nunca nos dedicamos a indagar en delitos, crímenes o asesinatos del modo civil que se piensa, eso no nos interesaba. Lo que nos importaba era probar que estos religiosos habían muerto por haber sido personas de fe, víctimas de perseguidores de la Iglesia.

¿Llegaron a conocerse Miguel, Zbigniew y Sandro?

Sí, ellos se conocían. Sandro tenía 60 años cuando lo mataron. En cambio, Miguel tenía aún 31 y Zbigniew, 33. Estos últimos, al ser jóvenes, llegaban a cualquier parte. Eran sanos, fuertes, no tenían ninguna dificultad. Además de ellos dos, los acompañaba su superior. Este se ausentó fuera del Perú por unas semanas cuando ocurrió el asesinato, por lo que recibió la noticia cuando estaba en Polonia. Entonces, ¿cómo se conocieron? Sandro, tras varias propuestas, al mostrársele Santa, optó por quedarse ahí. Él llegó diez años antes que los dos franciscanos. Así, cuando ingresan Miguel y Zbigniew a Pariacoto, Sandro estaba desarrollando la catequesis familiar.

Algunas sesiones que se dedicaban a organizar esta catequesis se hicieron también en Pariacoto, donde había un centro de cursos para catequesis de campesinos. Sandro varias veces trajo a su gente a Pariacoto. Por otro lado, los tres participaron en reuniones pastorales, en reuniones con el obispo. Ellos se conocieron, pero no sabían, claro, lo que les depararía más tarde.

¿Qué representa para usted, como franciscano conventual, este evento?

En el primer momento, cuando ocurrió su muerte, lloramos. Vivimos entre el miedo. Sin embargo, la gente nos animaba. Personalmente, yo recibía unas raras formas de apoyo. Por ejemplo, cuando iba a otra capilla, en lo posible, alguien se me unía para acompañarme. Recuerdo que, al anochecer, cuando regresaba de misa a mi casa, alguien se ofrecía a acompañarme, aunque no era mucha la distancia, diez o doce minutos de camino a pie. O alguien, de vez en cuando, ofrecía su auto para llevarme, justificándose siempre con “Justo yo tengo que visitar un amigo. Si usted quiere, lo llevo”. Era mentira. Algunas veces me llamaban de noche para preguntar: “¿Mañana habrá misa?”. Sabían que sí, pero lo hacían para saber si yo estaba bien. Fue una vigilancia llena de amistad y preocupación.

Oras cosas raras sucedían cuando iba temprano a ver religiosas en otra capilla. A eso de las seis de la mañana, encontraba en la calle a dos o tres personas que me decían: “Padre, nosotros también vamos a una misa que nuestros amigos han encargado en esa capilla. Si usted gusta, lo acompañamos”. Era mentira porque yo habría sido el primero en saber si había una misa encargada.

Algo parecido se dio cuando me llamaron a declarar por la camioneta que me robaron para hacer una cochebomba. Ya que me pertenecía, me llamaron como testigo, pues habían atrapado dos terroristas cerca. Cuando avisé a la gente

que al día siguiente tenía una citación, en caso de no volver para la misa, les pedí que celebraran la liturgia sin sacerdote, ya que habían personas autorizadas incluso para distribuir la sagrada comunión. Pero al estar en casa, de pronto me llama una abogada que era hija de una de las señoras que participaban en la misa, diciéndome: “¿Es cierto que usted tiene cita?, ¿se puede saber de qué se trata?”. Le respondí que sí tenía cita y que se trataba de tal asunto. Entonces, me dijeron: “Ah, no, padre, usted no irá. Si usted se presenta, y lo consideran un testigo importante, lo dejarán pasar dos o tres noches en la carceleta del Palacio de Justicia, que no es nada agradable. Con mi esposo, nos encargaremos de hacer otra cita y lo acompañaremos”.

De igual manera, cuando viajaba a Pariacoto anónimamente, nunca avisaba el día y la hora, pero la cocinera se encargaba de que la casa siempre estuviera lista. También salía sin avisar, así fue por un buen tiempo. Del mismo modo, cada año se celebraban aniversarios de la muerte de los religiosos con mucha participación del pueblo y, a medida que iba pasando el tiempo y progresaba la causa de la beatificación, esas muertes fueron de a pocos convirtiéndose en celebración de la vida, de la resurrección, de la santidad. Entonces, ahora es para nosotros, los franciscanos conventuales, una gracia. Antes era sufrimiento, humillación, dolor nuestro y del pueblo, pero ahora damos gracias a Dios por el reconocimiento de su martirio de parte de la Iglesia. También el pueblo reconoce en ellos a los testigos de la esperanza.

En Chimbote no solo existen católicos, la convivencia se da también con quienes profesan una fe fuera de la Iglesia, ¿cómo ha visto la reacción del resto del pueblo?

Le cuento algo. Cuando en Pariacoto estaban los cuatro ataúdes, los alcaldes y nuestros dos religiosos, durante el velorio en la noche, yo

estaba afuera del templo dormitando un poco porque había permanecido dos noches sin dormir. Entonces, la gente, inquieta, me avisa: “Padre, han entrado a la iglesia un grupo de evangélicos”. Les pregunté qué estaban haciendo y me dijeron: “Están orando con nosotros”, y fui para saludarlos. Esto era un signo de simpatía, de solidaridad de los evangélicos, una cosa linda. Muchos de ellos también fueron eliminados no solamente en el Perú sino también en el resto de América Latina. Creo que con esta experiencia respondo a tu pregunta.

¿Qué otra crítica podría hacer a este accionar guiado por una ideología?

Nosotros tenemos mártires no solamente víctimas de la izquierda. También tenemos mártires todavía no declarados, pero con un avanzado proceso de beatificación, que fueron víctimas de la extrema derecha. En el caso de San Salvador tenemos al arzobispo Romero. Fue perseguido por un gobierno que se consideraba muy cristiano, muy católico. Lo persiguieron a muerte considerándolo comunista. Igualmente, en Argentina tenemos a Carlos Murias, también franciscano conventual, cuyo proceso de beatificación a nivel diocesano ya ha terminado y está ahora en manos de la Sagrada Congregación en Roma. Fue muerto también por la ultraderecha que se decía católica. Lo eliminó tildándolo de comunista. Esto es porque, para los que permanecen viviendo muy lejos del Evangelio, todos aquellos que acompañan al pueblo según criterios del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, son buenos para eliminar. A Jesucristo, el Testigo, del mismo modo lo han sacrificado los que estaban “del lado bueno”. Así que, si haces el bien y proclamas la verdad y la justicia, para los que no son partidarios del bien, eres un enemigo, eres incómodo.

¿Qué mensaje quisiera dejar a los jóvenes tanto de Chimbote como del Perú sobre esta beatificación?

La reacción de los jóvenes siempre fue entusiasta en este caso. Los tres mártires eran muy populares, y entre ellos, el más popular era Miguel porque se dedicaba a la pastoral infantil y juvenil. Él los acompañaba, enseñaba los cantos, promovía la catequesis en las escuelas. Los jóvenes lo seguían como locos. Recuerdo una foto donde hay un centenar de niños amontonados alrededor de él frente a una iglesia. Esto también explica el entusiasmo. Los jóvenes saben apreciar el bien, el valor, la verdad, lo bello, la vida, así que para ellos fue una buena inspiración. Les diría a los jóvenes que vean dónde y quién está de parte de la verdad, de la justicia, de la santidad. Los revolucionarios estaban muy dispuestos a sacrificar la vida, pero ajena. En cambio, los mártires se dejaron sacrificar por el bien de otros, por el testimonio de la verdad. Esto los jóvenes saben y sabrán apreciarlo. Ellos podrán sacar sus conclusiones sobre quiénes fueron los verdaderamente valientes.